

La Geografía y el Hombre de Tierradentro

Por el General

JULIO LONDOÑO

“El Cacique Privanza andaba como un viento, hallándose en todas partes, esforzando a todos con voces y hechos valerosos, por ser hombre de valiente cuerpo, corazón y bríos. Los de los nuestros iban ya faltando pues cualquier indio les rebatía con facilidad los flacos golpes de sus lanzas... y Luis Mideiros viendo a los ojos que habría de parar en lo que sus compañeros, habló diciendo: Ya, hermanos, vemos no ser de ningún provecho nuestras armas, tomemos la del conejo, que tan valientes hombres suelen haber en las ocasiones por los pies como por las manos... Pues más valentía será guardar en esta ocasión nuestras vidas que con temeridad ofrecerlos a los brazos de la muerte”.

Fray Pedro Simón. Segunda Noticia Historial de las conquistas de Tierra Firme.

Tierradentro representa la clásica región geográfica, ya que posee condiciones morfológicas y culturales perfectamente claras y que la diferencia de todas las áreas adyacentes de las cuales la separan límites naturales tan precisos que parecen formar un reducto vigorosamente definido.

Se trata de un paisaje geográfico de unos 6.000 km². de superficie aproximadamente, que afecta la forma de un triángulo isóceles cuyos lados mayores van convergiendo hacia el Norte.

El lado occidental lo constituye la Cordillera Central con sus dos extremos apoyados sobre el volcán del Puracé y el Nevado del Huila, entre los cuales se levantan tres páramos —Guanacas, Moras y Delicias— que contribuyen a formar la parte más alta, majestuosa y difícil de la gran cordillera. El lado homólogo está señalado por la divisoria de aguas entre los ríos Negro de Narváz y Yaguará, divisoria a veces conocida con el nombre de Serranía de Nátaga en donde, dicho sea de paso, se levanta el Santuario de Nuestra Señora de las Mercedes de Nátaga, centro de las romerías anuales de todos los indios de Tierradentro. El lado de la base lo designa una serie de alturas encadenadas que forman la divisoria de aguas entre los ríos La Plata y Páez. El sistema hidrográfico está constituido por el río Páez que atraviesa la región en toda su extensión y que recibe como afluentes el Ollucos y el Moras; está además

el río Negro de Narváez que nace en el Nevado del Huila y corre paralelamente al lado oriental del triángulo descrito.

Las tres entidades orográficas que encierran la comarca de Tierradentro, lanzan hacia el interior multitud de ramales que se entrecruzan formando un verdadero laberinto de valles profundísimos por donde circulan innumerables quebradas que van a completar el sistema hidrográfico ya esbozado. Mirada desde el vértice de la Cordillera Central la región aparece como un plano en descenso que va a buscar las planicies de Carnicerías en las laderas del Magdalena, plano estrictamente cubierto de cerros y pequeñas serranías en los cuales el ojo humano no puede precisar fácilmente una dirección preponderante gracias a la complicada variedad.

La multiplicidad tectónica trae consigo la complicación fito-geográfica. Hay tramos de bosques aún no explotados hacia las laderas del Nevado; reducidas vegas a las orillas de las corrientes en donde puede practicarse la agricultura en escala reducida; planicies no muy extensas hacia las laderas del Puracé, cubiertas de pastos naturales de tipo "puna" en los cuales el mantenimiento de cada animal requiere un área considerable; en las laderas empinadas crecen a menudo pastos naturales en cantidad reducida debido a la escasez de la capa vegetal que ha logrado sustraerse a la erosión inclemente.

Tierradentro pertenece casi en su totalidad al Departamento del Cauca, que penetra profundamente en el Departamento del Huila. La parte oriental pertenece a este último.

Viven allí aproximadamente unos 16.000 indígenas adscritos a la raza Páez, cuyas características, origen y costumbres han sido perfectamente fijados por los etnólogos.

La población más importante es el municipio de Belalcázar de donde irradia la administración de la superficie caucana.

La única vía de comunicación es un pésimo carreteable que va de La Plata —Huila— hasta Belalcázar, carreteable que sólo es transitable en las temporadas secas. Las demás vías entre las diversas partes del territorio y las comarcas adyacentes del Huila y del Cauca (cuyo centro de gravedad se halla del otro lado de la cordillera) son caminos de herradura cuya transitabilidad se acaba prácticamente en la época de invierno.

El anterior boceto geográfico sólo sirve para mostrar el marco en donde vive una notable cantidad de indígenas colombianos que constituyen un impacto social, o mejor aún, sociogeográfico, en cuya vida los accidentes del terreno ejercen una influencia tan marcada que quien olvidara, al estudiarlos, tomar en cuenta los elementos raciales, la tradición

y los esfuerzos civilizadores que tan hondamente han penetrado a veces en el alma colectiva, podría pensar que allí los hombres están esclavizados por una geografía que los domina y encadena, y con cuya lucha denodada puede llegar a comprenderse el prodigio de la adaptación humana.

El aislamiento forzado que imponen los rígidos límites naturales, sumado a la inexplicable carencia de vías que lo conecten con partes adelantadas de la República, ha hecho que Tierradentro conserve su fisonomía propia con caracteres sociales tan poco evolucionados que parece que por allí no hubiera pasado la civilización que tanto ha hecho para la transformación del resto del país.

Las mismas razones son la causa de que se mantenga la raza casi sin mezcla y que las costumbres conserven los viejos moldes. Así pues, nadie puede extrañar que, dadas estas condiciones geográficas excepcionales, persista el “amaño” que no es otra cosa que el ayuntamiento pre-nupcial prolongado hasta cuando llegue el padre misionero a legalizar la unión; ni que predomine la magia con procedimientos a veces bárbaros para la curación de las enfermedades; ni que tengan un código de justicia en parte sabio y en parte salvaje.

De igual modo, no es necesario recordar su analfabetismo absoluto y la persistencia en sus tradiciones orales tan minuciosamente conservadas que adquieren un carácter sagrado y que se remontan a los tiempos pre-colombinos destacando con orgullo las hazañas de su raza, como aquella de la destrucción y cegamiento de las famosas minas de La Plata que tanto dinero dieron a la Corona española y cuya ubicación no ha podido descubrirse a pesar de los repetidos intentos hechos desde cuando el Capitán Guaynás, jefe de la parcialidad de Calderas, murió en 1860 repentinamente llevándose con él a la tumba el secreto que le había confiado su padre.

La enorme barrera de la cordillera Central que la separa del centro vital del Cauca, al cual pertenece, y la falta de comunicaciones hace que sea la administración necesariamente deficiente y a menudo inoperante. El Huila, por su parte, Departamento pobre, no hace nada por esas tierras que están fuera de su jurisdicción. Esta anómala situación inculca allí explotaciones y abusos frecuentes a los cuales los pobres indígenas no pueden sustraerse.

El terreno desesperadamente quebrado no da campo para el establecimiento de ciudades importantes o de amplios núcleos humanos. Por esto la población se ha dividido en grupos denominados *parcialidades* —16 en total— que llevan su vida independientemente unas de otras pero man-

teniendo entre todas una perfecta coordinación en cuanto al régimen de vida, defensa de los intereses comunes, tradiciones y costumbres. Así, quien observa desprevenidamente la población de Tierradentro, toma la impresión inmediata de que se trata de una pluralidad, de una especie de separación tribal sin mayores nexos de unidad. Pero a medida que se profundiza en su estudio y que se conoce el terreno, se llega a la convicción de que existen lazos estrechos que hacen de esas parcialidades un todo unificado y fuerte.

Por eso es lógico que los intrusos o agitadores que no faltan en la región procuren con sus nocivas actividades ahondar la separación de los diversos núcleos humanos de manera que lleguen a enfrentarse unos contra otros o por lo menos a ser indiferentes entre sí, como el medio más seguro de debilitar los vínculos que las unen y que mantienen la colectividad. Los conductores indígenas que surgen frecuentemente en la raza Páez luchan en cambio para sostener esos lazos unificadores porque saben muy bien que el mayor peligro consiste en que puedan ser aniquiladas o explotadas las parcialidades separadamente.

A la dispersión de agrupaciones corresponde otra no menos importante. Las casas de los habitantes de cada parcialidad se separan como si una fuerza centrífuga las hubiera lanzado lejos unas de otras. Débese esto a que en el invierno los valles profundos traen crecientes enormes; las quebradas, que parecen insignificantes en el verano, en aquella estación se convierten en torrentes desenfrenados que arrastran enormes piedras y trozos de roca y arrasan cuanto encuentran a su paso. Las habitaciones, por tanto, deben construirse en los pocos sitios aprovechables que tienen las laderas, los recodos y las terrazas, en donde están defendidas de estas catástrofes y al mismo tiempo pueden sembrar algo que ayude a su subsistencia. Esta dispersión viene desde hace muchos años. Los españoles la encontraron así y supieron por la tradición que venía desde una borrosa antigüedad y que a lo largo de su historia había sido aprovechada como una defensa contra los ataques de tribus enemigas empleando las habitaciones más elevadas como observatorios o atalayas, por lo cual la partícula "iqui" —observatorio— abunda en la toponimia regional.

De igual manera esta prolijidad de laderas y valles, de encrucijadas y caminos que aparecen y desaparecen en un laberinto sin horizonte, ha dotado a los indios paéces de un poderoso instinto de orientación, de una capacidad insospechada para subir y bajar pendientes, le ha sugerido la invención de los "caballitos", gruesos manojos de paja con los cuales se deslizan por las pendientes para economizar tiempo y

energía, y los ha hecho habilísimos para el establecimiento de “tarabitas” tendidas a veces sobre tremendas alturas y ríos de rocas amenazantes para mantener en el invierno la posibilidad de tránsito.

Gracias a estas condiciones no es posible hallar en todo el territorio nacional el caso de una gente mejor adaptada a un medio verdaderamente hostil, donde los extraños ven dificultades y obstáculos invencibles y ellos no encuentran nada que pueda detenerlos.

Fue precisamente a la circunstancia de poner en juego esta extraordinaria capacidad de movimiento en una topografía tan difícil, y a la habilidad para orientarse, como lograron sustraerse casi por completo a la conquista española. Sólo los descalabros sufridos por los conquistadores y catequizadores de los guaraníes del Paraguay pueden compararse con los que les proporcionaron los paéces de Tierradentro. La historia está llena de estos casos: Avirama —por ejemplo— es el nombre de una parcialidad que queda no lejos de la quebrada así denominada. Por la orilla de la corriente va un antiguo sendero y a ambos lados se levantan los taludes de las serranías que la estrechan. En este sitio acampó el famoso Capitán Pedro de Añasco cuando salió desde Timaná a castigar aquellos indios de Tierradentro que se negaban a rendirle pleitesía. Al amanecer los paéces descendieron por las laderas, obstruyeron el camino y obligaron a los españoles a combatir sin su principal arma: el caballo. Sólo tres soldados fugitivos y el noble jefe, quedaron con vida; pero la existencia del bravo Capitán se redujo de allí en adelante a ir tras la famosa Cacica Gaitana, guiado por una cuerda cuyo extremo pasaba por un hueco que le habían abierto por debajo de la quijada.

Y así como la conquista fue difícil debido a estas condiciones estrictamente geográficas, así también fue de difícil la catequización. Cuando don Juan de Borja comprendió que era inútil luchar más contra estos aguerridos naturales y que su conquista requeriría tantos años como gente, resolvió enviar a los misioneros para que con dulzura consiguieran su pacificación. Durante veintisiete años lucharon los abnegados pastores hasta que desaparecieron por completo de la región. Décadas más tarde los franciscanos establecieron una parroquia en la parcialidad de Tálaga, pero no duró mucho porque sus instalaciones fueron arrasadas por los indios. En 1718 llegó allí el Padre Matías Villarroel apóstol de los paéces. Cómo hizo para ganarse la voluntad de esas gentes, es un secreto. Su recuerdo perdurará con claridad en la tradición. A partir de la muerte del padre Villarroel fueron arrojados implacablemente de Tierradentro a poco de llegar todos los sacerdotes que se presentaron con intenciones de catequización. Sólo quedaron unas cuantas nociones

de religión cristiana. En 1905, por un arreglo entre la Santa Sede y el Gobierno de Colombia, llegaron allí los padres Lazaristas, quienes poco a poco han ido logrando, al mismo tiempo que la evangelización, la conquista espiritual de los moradores. Todas estas incidencias explican de manera clara la mezcla de cristianismo y paganismo que se nota en todas las prácticas religiosas de los paéces, tales como el abandono de alimentos a las almas de los muertos en el suelo de las iglesias, rodeando una bujía encendida; la celebración de grandes bacanales que corresponden a las más destacadas festividades católicas y muchas otras por el estilo, contra las cuales luchan implacablemente los misioneros lazaristas con una persistencia que sólo tendrá fin cuando las prácticas hayan sido desarraigadas por completo.

La acción conjugada de los fuertes vientos que vienen del espaldón de los páramos en tiempo de verano y que resecan la tierra predisponiendo la erosión de la escasa capa vegetal por las fuertes lluvias y la abundancia de pendientes, dan por resultado la pobreza de la tierra. Esta pobreza demanda cada día esfuerzo mayor, lo cual ha contribuido a afirmar la fortaleza de esta raza que a pesar de las precarias condiciones de higiene y alimentación se sostiene en gran parte erguida y fuerte. De allí también la carencia de sitios apropiados para los cultivos. De éstos, los mejores y más amplios han pasado a manos de los blancos, que los han obtenido a precios irrisorios para enriquecerse luego con la mano de obra más lamentablemente barata que se tiene en el país.

De cada parcialidad el hombre cuenta con un pequeño solar para sostenerse. Por eso hay que cultivarlo con esmero aunque valiéndose de los medios más rudimentarios, de semillas espontáneas, como sucede con la pésima clase de frijol y de una técnica primitiva. Esta escasez del terreno hace que cada hombre no alcance a arrancarle a su parcela lo necesario para el sostenimiento de los suyos. Durante el tiempo transcurrido entre la siembra y la recolección tiene que ir lejos a buscar el trabajo que le dan generalmente los blancos, dueños, como ya se dijo, de las tierras más extensas y fértiles. Y cuando la familia ha consumido lo poco que pudo guardar de su siembra de maíz o de frijol, se ve obligada a trabajar casi exclusivamente por la alimentación. Pero como la producción es escasa y los transportes elevan el precio de estos productos alimenticios a un nivel muy alto, el hambre o la deficiencia alimenticia traen la secuela inevitable de la *coca*, que permite al indio trabajar más animosamente y que el patrón le distribuye como parte principal del jornal. En estas circunstancias el trabajo del hombre es

constante y tesonero, por lo cual el matrimonio se estimula por todos los medios y el varón es recibido jubilosamente en las familias; el soltero que ya ha alcanzado la edad de casarse es considerado como traidor a la comunidad. Por eso se dan para el matrimonio todas las facilidades posibles y se le mantiene a la altura de las más sagradas instituciones. La homosexualidad es desconocida y la prostitución y la infidelidad se castigan con las penas más severas que se conocen en la legislación tribal.

Así vive allí, sometido a las desventajas de la geografía, un pueblo sencillo, trabajador, valeroso, desnutrido, analfabeto y olvidado. Cansado de luchar y de sufrir, fatigado de esperar una redención verdadera fuera de las angustias políticas con que gentes inescrupulosas quieren envenenarlo, guardan sus tradiciones y rememoran su pasado, un pasado desconocido casi por completo para todos los colombianos.

Desde hace algún tiempo el actual Instituto Colombiano de Antropología ha iniciado allí una tarea de resurrección de esa extraña cultura, revelada por sus tumbas subterráneas apoyadas en columnas y decoradas con dibujos geométricos y zoomorfos, desconocidos en cualquiera otra civilización precolombina, como puede observarse en San Andrés de Pisimbalá, en donde el reducido museo etnológico se enriquece cada día con adquisiciones sorprendentes; como puede verse en el Tablón, cuya estatuaria de manera tan vasta aventaja a la cultura agustiniana de la cual pudo haber sido una rama aparte o un monumento de perfección; como sugieren los extraños rastros de las viejas construcciones de Agua-Bonita con sus trabajos de afloramiento apenas iniciados y muchas cosas que harán de este sitio en un futuro próximo el más atrayente para el estudio y el turismo que pueda ofrecerse a los observadores nacionales y extranjeros.

